



## CAPÍTULO VII.

### **El segundo misterio doloroso: El azotamiento de Cristo Señor nuestro.**

#### I.

**E**L cobarde Pilatos conoce la inocencia de Jesús á quien le traen para juzgar, pero no tiene valor para declararlo inocente y de consiguiente libre de castigo; no tiene mala voluntad con respecto á Jesús, pero el pueblo está enfurecido contra el divino Predicador del reino de los cielos, y la plebe, atizada por los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, amenaza á Pilatos si le declara libre. Los malvados atizadores del pueblo, instruidos por el demonio, que siempre sugiere á los enemigos de Dios, conocen perfectamente el lado fla-

co del presidente Pilatos, que suele serlo tambien de todos los funcionarios ó empleados públicos; con mentirosos discursos dicen que si el presidente Pilatos no condena á Jesús, va contra la autoridad imperial que representa. Varias tentativas, todas á cual más crueles é injustas, hace Pilatos para conciliar y hermanar la iniquidad y la justicia; no quiere romper con el pueblo, y teme condenar á un inocente, por lo cual adopta el torpe medio de ablandar al pueblo castigando duramente, aunque sin quitarle la vida, al mansísimo Jesús. Pero el apetito de sangre tórnase más voraz cuando se ha comenzado á satisfacer, y entonces no para hasta llegar á embriagarse de ella. Así las pasiones condescendidas vuélvense más poderosas y exigentes.

Entrega, pues, el injusto Pilatos al justísimo Jesús á sus enemigos para que lo azoten, atormenten y maltraten, y se satisfagan de su sangre. Desnúdanle de sus vestiduras, y queda cubierto de vergüenza y confusion aquel honestísimo Mancebo y Señor, átanle á una columna y van á castigarle con el ignominioso suplicio que se usaba con los esclavos rebeldes, los azotes. Mira al Señor de



cielos y tierra azotado por los pecadores, su honra divina habia ya sido azotada por los hombres, con sus infamias y pecados, mas ahora el suplicio va á caer sobre el virginal y purísimo cuerpo del inocente Cordero. Empuñan los rabiosos sayones los instrumentos del martirio, y con fuerza multiplicada por la sed de venganza y por el aplauso del pueblo cruel, que se deleitaba con el suplicio de Cristo, descargan sobre todo su sacratísimo cuerpo furiosos golpes que despues de dejar acardenalada la purísima carne, levántanle la piel, quedando enrojecido de sangre, manto de púrpura con que engalanan los hombres á su Dios, que viene al mundo para salvarlos. Mucho espacio de tiempo duró el inhumano suplicio, por lo cual abiertas en el sagrado cuerpo profundas heridas, la sangre comienza á derramarse por el suelo. ¡Oh sangre pisoteada por los hombres y digna de ser recogida por los ángeles más encumbrados del cielo! Contempla la imágen del Señor de la viña, convertido en vendimiador, enrojecido en el lagar con el mosto de su sangre! El profeta Isaiás le vió siglos antes solo y aplastado en el lagar, como uva bajo la planta del que la pi-

sa; mas lo que oprimia y aplastaba al Salvador era la inmensa mole de los delitos y pecados de los hombres, por los cuales se comprometió á satisfacer á la justicia divina. ¡Qué transformacion obra en el hombre la maligna influencia del pecado, cuando aun en Jesús, hermosura perfecta del eterno Padre y luz de su substancia, la sola sombra de él llegó á oscurecerle su natural gloria! No tenia figura, ni hermosura. Vimosle, y no habia en Él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado, y el más abatido de los hombres, Varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido, y no hicimos caso de Él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fué llagado por nuestras maldades, y molido por nuestros delitos: el castigo, causa de nuestra paz, descargó sobre Él, y por sus llagas hemos sanado todos (1).

Otro Profeta (2) al considerar á Jesús en estos terribles tormentos, que voluntaria-

(1) Isai. LIII, 2.

(2) David, Psal. LXVIII.



mente tomó para satisfacer por nuestros pecados, dice que el Señor entonces restituía lo que no había robado. En efecto; restituía á Dios la gloria que como á Criador y como Legislador y Gobernador nosotros le quitamos con nuestros pecados. Cuán bien se comprende, cristiano, que aquella nobilísima alma de Teresa de Jesús, al contemplar estos sangrientos pasos de la Pasion de Cristo, exclamase con la resolucion propia de su varonil corazon: «No más pecados, no más pecados, que tanta sangre cuestan á mi Dios.» Y tú, si tienes tan sólo una centellica de fe, resuelve corresponder á tan generoso Señor emprendiendo una vida cristiana, y consagrada al ejercicio de las virtudes.

## II.

¿Qué virtudes nos enseña Cristo, atado á la columna y azotado cruelmente por los verdugos? ¿Cuál escogeré para plantar en mi corazon, estéril de toda bondad y abundante de vicios y pasiones?

Su silencio es su enseñanza principal, y la leccion que puedes tomar como más ade-

cuada á tí. Sufrir callando y resignado es cosa divina y superior á las humanas fuerzas; pero que no obstante la vemos con frecuencia practicada en las vidas de los santos, que aprendieron tan excelsa virtud en la contemplacion de la Pasion de Cristo. La paciencia es virtud necesaria, y tan sólida y profunda, que al que de veras la posea ya le puedes predicar por santo; y cuando esta paciencia ya no sólo es larga y tranquila; cuando el que padece se satisface del padecer como los demás hombres del gozar, cuando veas á uno en el potro del tormento y prefiriéndole al lecho de los mundanos placeres y de las humanas felicidades, entonces exclama con el profeta David: «Dios es admirable en sus santos;» porque aquella virtud es virtud de Dios, que se ha dignado comunicarla á su criatura.

No á todos los hombres destina Dios á sufrir los extraordinarios tormentos de los mártires, porque no á todos destina al heroísmo; ni el vencer y dominar la naturaleza humana, transformándola bajo la influencia divina, es ley general establecida por la divina Providencia, que gobierna el mundo de los espíritus con un amor mayor



que el mundo de los cuerpos; pero sí que todo hombre deberá recibir sobre sus espaldas un día ú otro, en su peregrinacion terrena, el azote de la justicia divina, que en ningun sér de la naturaleza puede mejor emplearse que en este criminal y aleve que llamamos pecador. De la condicion de penitenciado nadie se excusa entre los hijos de Adan, y por tanto si estás destinado al castigo, prepárate para llevar dignamente la penitencia.

El sufrir repugna en gran manera á la humana naturaleza, que fué criada para gozar, y que precisamente por el amor desordenado al goce se pierde; pero todo lo podemos en Aquel que nos conforta, y la confianza en el auxilio divino y la resignacion á esa voluntad soberana, hacen descender sobre nuestra flaqueza tales influencias de la divina gracia, que vuelven fácil, asequible á todos, el ejercicio de la virtud de la paciencia. Si descarga tal vez sobre tí la justicia divina el azote de su furor, y sientes el cruel dolor del castigo ya en enfermedades corporales, ya en aflicciones del espíritu, acuérdate de que eres culpable y que tienes merecida aquella pena; confórtate

en la consideracion de los tormentos y desprecios de Cristo, y comenzará tu alivio desde que empieza la resignacion; al paso que debes tener por seguro, que nunca levanta Dios su mano de sobre el criminal que se resiste á reconocer la justicia de su castigo, y á confesar que es merecedor del mismo.

### III.

En la contemplacion de estos pasos de la Pasion de Cristo, no debes nunca olvidar que has de unirte espiritualmente con la bienaventurada Virgen María, que fielmente los contempló todos con los ojos de su mente, y participó de todos en las sensibles entrañas de su sér. El seráfico doctor san Buenaventura, y otros santos contemplativos, refieren que Jesús, antes de emprender la difícil obra de la Pasion, fué á despedirse de su santísima Madre, y á darle cuenta de la empresa que iba á ejecutar; y que entonces la amantísima Señora se puso en fervorosa oracion, viendo clarísimamente, en espíritu, todos los lances de dolor que su divino Hijo pasaba. Únete, pues, á Ella para con-



templar el azotamiento de Cristo, y mira si puedes participar de sus piadosos sentimientos. ¿Qué sentiría la piadosa Señora al ver desnudo y ensangrentado aquel sagrado cuerpo, que Ella tan amorosamente envolvió en el portal de Belen con sus limpios aunque pobres pañales? ¡Cuán cruelmente resonarian en el corazon de la Madre los golpes de los azotes que los sayones descargaban sobre las espaldas del Hijo! ¡Cómo se llenaria de horror y sentimiento al ver brutalmente pisoteada aquella sangre divina, cuya dignidad y excelencia Ella tan profundamente conocia! La vil pasion de la venganza jamás asomó su fascinadora cara en el corazon de María en aquellas dificiles circunstancias; y las plegarias que salian de su fervorosa alma eran súplicas de perdon, de reconciliacion y arrepentimiento, en favor de aquellos furiosos verdugos. Así tambien tú, alma mia, el día que alcances el insigne beneficio de participar de los sufrimientos y aflicciones de Cristo de una manera real y sensible, no des lugar en tu espíritu á sentimientos de odio y de venganza en contra de aquellos, que el Señor escoge para instrumentos de su voluntad santísima.



## CAPÍTULO VIII.

### **El tercer misterio doloroso: La coronacion de espinas de Nuestro Señor Jesucristo.**

#### I.

**L**os crueles apetitos de los sayones y enemigos de Cristo se exacerbaban con la sangre que hicieron saltar del sagrado cuerpo del Señor con los azotes, por lo cual su rabia imaginó un nuevo tormento con que martirizarle. En este paso de la Pasion andan juntamente la atrocidad del sufrimiento corporal, y la ignominia de los desprecios y de los insultos á la sagrada majestad de Cristo. Congrégase toda la cohorte del palacio del presidente, que era como una compañía de tropa más numerosa que las de ahora, y ponen en medio